



**LA FELICIDAD DE LOS CHILENOS. UNA APROXIMACIÓN A LA
“PARADOJA LATINOAMERICANA”.**

Soledad Reyes del Villar
Centro de Políticas Públicas
Universidad del Desarrollo

INTRODUCCIÓN.

Antes hablar de felicidad era un campo exclusivamente de filósofos. No existía la idea de que ésta pudiera ser tan comentada y analizada. Ni mucho menos medida. Pero con el tiempo las cosas fueron cambiando. Los males más evidentes de toda sociedad (pobreza, analfabetismo, desigualdad y enfermedades), comenzaron a ser estudiados en relación a otros conceptos y objetivos, como el de *felicidad* y *bienestar*.

Hoy en día éstos son temas de interés de psicólogos, sociólogos y, particularmente, de economistas. La felicidad se estudia como una “nueva ciencia”. Y tiene varios matices porque, al introducirse nuevos cálculos y variables, los resultados pueden ser sometidos a múltiples interpretaciones.

En las últimas décadas no sólo se han multiplicado las investigaciones que analizan el tema de la felicidad, sino que han surgido publicaciones cada vez más especializadas, como el *Journal of Happiness Studies*.

Se considera que Daniel Kahneman fue de los primeros en demostrar empíricamente que las personas sí pueden decir cómo se sienten. Es decir, sus trabajos validaron el que la felicidad pudiera ser medida a través de encuestas. Kahneman, psicólogo estadounidense-israelí, fue el primer no economista en ganar el Nobel de Economía, el año 2002. Su mayor aporte es precisamente haber integrado en su investigación áreas económicas y psicológicas. Para él esta ciencia de la felicidad es precisamente eso, una mezcla de psicología y economía.¹

Y concluyó, con datos de población urbana estadounidense, que la felicidad no se ha elevado en forma proporcional al crecimiento económico. Esto quiere decir que los

norteamericanos no necesariamente aumentan sus índices de felicidad a medida que aumenta su renta promedio.

Diversos estudios han demostrado que, cruzado cierto umbral, mayores ingresos no se relacionan directamente con un incremento de la felicidad. Al contrario, se pueden presentar problemas. Una mayor desigualdad, un desequilibrio urbano-rural, el envejecimiento de la población, la contaminación ambiental, el exceso de trabajo, entre otros factores, son “costos negativos de la prosperidad”. (Kahneman, 2002).

Los trabajos de Kanheman no eran nuevos. Ya a mediados de los 70' el economista Richard Easterlin publicó un artículo titulado *Does economic growth improve the human lot?*. (Easterlin, 1974), estableciendo un concepto fundamental para las próximas investigaciones sobre el tema. En efecto, sentó las bases para comenzar a estudiar la relación entre riqueza y felicidad en los países en que no eran recíprocas. Esto es, por cierto, después de cruzados ciertos límites, porque para los países menos desarrollados el aumentar sus ingresos siempre será beneficioso.²

La célebre “paradoja de Easterlin” tuvo enorme influencia en los estudios sobre el tema. Y abrió un campo de discusiones, investigaciones y debates. Era necesario explicar por qué en algunas prósperas sociedades mayores ingresos no bastaban para incrementar la felicidad. Pero para eso había primero que estudiarla y medirla.

El tema es fascinante y se puede abarcar desde distintas perspectivas. Este documento se aproxima al mundo latinoamericano, que presenta una enorme paradoja. Países con altos niveles de suicidio juvenil, de corrupción y/o violencia, muestran elevados índices de felicidad. El caso chileno no escapa a esta situación. Somos un país en que cada vez con mayor frecuencia adolescentes se quitan la vida, en que el cáncer ya es la primera causa de muerte en algunas regiones, y en que prácticamente el 90% de la población afirma no confiar en las instituciones. Y la desigualdad en acceder a la salud y educación sigue siendo altísima.

Sin embargo, a comienzos de este año Chile obtuvo el primer lugar en América Latina en el Informe Mundial de Felicidad elaborado por la ONU. Para entender mejor este fenómeno, compararemos algunos datos de la Encuesta Casen de los años 2011 y 2013, con el objeto de analizar los índices de felicidad de los chilenos. Es cierto que aún falta mucho por hacer en lo que a políticas públicas se refiere. Y no es fácil ponerse de acuerdo en la forma en que éstas pueden impactar en el bienestar de la población. Pero el tema se está tratando y discutiendo. Este documento busca acercarse a él y propone vías a través de las cuales, de algún modo, las políticas públicas pueden contribuir en forma concreta.

CONTEXTO GENERAL.

En relación a lo anterior, el Producto Interno Bruto (PIB), que ha sido históricamente la forma tradicional de medir la riqueza de cada país, empezó a verse como insuficiente para evaluar la calidad de vida y el bienestar de los países. Una conocida escala de medición en lo que se refiere a calidad de vida, presenta una mezcla de elementos objetivos y subjetivos, (los primeros verificables, los segundos no). Estos son: bienestar material, salud, productividad, intimidad, seguridad, lugar en la comunidad y bienestar emocional (Cummins 2000).³

El ir incluyendo preguntas sobre felicidad y bienestar en las diferentes encuestas gubernamentales no ha sido menor. Hay quienes afirman que es un tema en el que no puede inmiscuirse el Estado, simplemente porque no puede medirse. Se considera como

² Véase, por ejemplo, Easterlin (1974) y Easterlin (1975).

³ Véase, por ejemplo, Cummins (2000) y Cummins (2001).

algo íntimo de las personas y, por ende, contiene una serie de “aspectos no observables”. Incluso se ha afirmado que lo único que realmente produce más felicidad es la libertad económica, y entonces sería solo eso lo que hay que medir.⁴ Se argumenta que los países que la tienen presentan, por ejemplo, menores tasas de suicidio, menores índices de alcoholismo o familias más estables con mayor número de hijos.

En el sentido contrario, se argumenta que la felicidad no es algo individual, sino que está condicionada por la sociedad. Para mostrar altos índices de felicidad se debe tener una buena y sólida relación con el entorno ya que, en definitiva, nuestra felicidad depende de nuestra relación con otros.⁵

Diversa literatura sostiene que no sólo la felicidad y el bienestar son medibles, sino que además se ha concluido, como mencionamos al principio, que no necesariamente por tener mayores ingresos el ser humano es más feliz.

Se cita bastante al respecto una publicación de la revista británica *The Economist*, que a fines del año 2006 dedicó un número a esta “nueva ciencia”, titulado *Happiness (and how to measure)*. Era algo inédito. En ella se recalcó que, después de cierto límite, el tener mayores ingresos no se relacionaba con un aumento de los índices de felicidad. Esto es, riqueza y felicidad no son proporcionales.

En el mismo sentido, causó revuelo la publicación del economista británico Richard Layard. En *La felicidad. Lecciones de una nueva política* (2005), afirmó que los países europeos eran más felices que los estadounidenses, porque trabajaban menos horas y tenían más facilidades para compatibilizar su trabajo con otras esferas de la vida. Europa ha mostrado tener habitantes más confiados y seguros, donde hay mayor bienestar y relaciones humanas de mayor calidad.

Layard en su estudio comparó la felicidad de 50 países en 4 años diferentes, utilizando el *World Values Survey*. Estableció siete factores que influyen en la felicidad, los que explican el 80% de variación de ésta. Esto son: relaciones familiares, situación financiera, trabajo, comunidad y amigos, libertad, salud y valores personales. Dio ejemplos contundentes sobre por qué países como Estados Unidos, Gran Bretaña y Japón no tenían altos índices de felicidad, dándole especial importancia a la calidad y estabilidad de las relaciones, ya sean familiares, laborales o comunitarias.

Cuando en el año 2010 asumió en Inglaterra el primer ministro David Cameron, entusiasmado por las investigaciones de Layard, anunció que destinaría dos millones de libras para que la *Office of National Statistics* construyera una metodología que midiera la felicidad de los británicos.

Luego siguió el Presidente de Francia, Nicolás Sarkozy, quien formó una comisión encargada de estudiar y dar a conocer una nueva medida, que superara la del PIB. La Comisión para las Mediciones del Desempeño Económico y el Progreso Social – más conocida como *comisión Stiglitz* – estuvo liderada por dos Premios Nobel de Economía (Joseph Stiglitz y Amartya Sen), junto al economista francés Jean-Paul Fitoussi.

La influencia de este informe no se hizo esperar. Los países de la OCDE comenzaron a trabajar en forma seria y concreta la confección de un nuevo instrumento que midiera felicidad y bienestar.

Y así siguieron cada vez más países. Se dijo que algunos como Singapur, Taiwán o Corea del Sur tenían tal nivel de crecimiento, trabajo y desarrollo, que no estaban interesados en sus niveles de felicidad. Es bastante discutible. De alguna forma u otra, todos han (hemos) incorporado la medición del bienestar a las estadísticas nacionales. Los

⁴ Rode, M., Knoll, B. & Pitlik, H. (2013). “Economic freedom, democracy and life satisfaction” en Gwartney, J.D., Lawson, R. & Hall, J. *Economic Freedom of the World: 2013 Annual Report*. Economic Freedom Network, Vancouver.

⁵ Gilbert, Daniel (2012). “The science behind the smile” en *Harvard Business Review*.

objetivos pueden ser distintos, pero no cabe duda que cada vez son más los líderes y países que han incluido la valoración que las personas tienen de sus vidas como un objetivo relevante.

Sin duda alguna que el caso más citado es el de Bután, un pequeño país en los Himalayas. La doctrina de su rey, Jigme Dorji Wangchuck, estableció que la Felicidad Interna Bruta (FIB) es más importante que el Producto Interno Bruto (PIB), por lo que sería el objetivo primordial del país. Es decir, que la medición de su riqueza, en el amplio sentido de la palabra, la establecería el Índice de Felicidad. Una anécdota interesante es que cuando el Rey de Bután permitió que la televisión ingresara al país, aumentaron el crimen, la desintegración familiar, el consumo de drogas y la violencia en las escuelas. Esto fue demostrado con cifras rotundas. No extraña entonces que en varias ocasiones se ha citado lo ocurrido en Bután para explicar, entre otras cosas, que la vida mediática sería un factor de deterioro de los lazos sociales y, por ende, un aumento de la infelicidad.

Lo cierto es que hoy en día las personas han vuelto a convertirse en un objeto de estudio, tanto en lo que se refiere al bienestar subjetivo, como en relación al desarrollo de su respectiva nación.

Un buen ejemplo de esto puede verse en el formulario de la Encuesta Mundial de Gallup, que examina el bienestar y comportamiento de los ciudadanos de más de 160 países.

Tabla nº1. Formulario Encuesta Mundial Gallup, 2007.

	Sobre sí mismo y entorno cercano	Sobre la sociedad y otras circunstancias externas
Nivel de vida	¿Está usted satisfecho o insatisfecho con su estándar de vida? Es decir, con todas las cosas que puede comprar y hacer	¿Diría usted que las condiciones económicas actuales en su país son buenas, o no?
Salud	¿Está usted satisfecho o insatisfecho con su salud?	¿Tiene usted confianza en el sistema médico y de salud de su país?
Trabajo	¿Está usted satisfecho o insatisfecho con su empleo?	¿Está usted satisfecho o insatisfecho con los esfuerzos para incrementar el número y la calidad de los empleos en su país?

MÁS O MENOS FELICES.

En julio del 2011 en su Asamblea General, la ONU emitió por unanimidad la Resolución 65/309, estableciendo que la búsqueda de la felicidad “es un objetivo humano fundamental” y que el indicador del PIB “no fue concebido para reflejar la felicidad y el bienestar de las personas de un país, y hoy no los refleja adecuadamente”.

Esta resolución, que no tenía precedentes en la historia del organismo, también estableció, entre otras cosas:

- la necesidad de “que se aplique al crecimiento económico un enfoque más inclusivo, equitativo y equilibrado, que promueva el desarrollo sostenible, la erradicación de la pobreza, la felicidad y el bienestar de todos los pueblos”.
- Invitó a los Estados Miembros a emprender “la elaboración de nuevas medidas que reflejen mejor la importancia de la búsqueda de la felicidad y el bienestar en el desarrollo, con miras a que guíen sus políticas públicas”.
- Y acogió “con beneplácito el ofrecimiento de Bután de convocar un coloquio sobre el tema de la felicidad y el bienestar en su sexagésimo sexto período de sesiones”.

De ahora en adelante, más allá del crecimiento económico, había que repensar “las metas que una sociedad debe perseguir para considerarse verdaderamente desarrollada”. En definitiva, preguntarse qué es lo que realmente importa alcanzar, “tanto en la vida de las

El *bienestar subjetivo* hoy día es un tema obligado de estudio. Cada vez se explican con mayor precisión los beneficios que traen el sentirse felices. Suena bastante lógico. Que la felicidad es buena para la salud, que trae beneficios para las familias y las comunidades, que ayuda a establecer buenas relaciones, incluso que es buena para la economía. Esto significa que personas más felices son más saludables, más sociables y cooperadores, más productivos y creativos, más confiados y optimistas.

Los índices utilizados por esta “nueva ciencia” no dependen de factores objetivos – como niveles de riqueza, tasas de suicidio, educación, el nivel de alcoholismo o la duración de un matrimonio. No se pregunta sobre los fines que cada uno persigue, porque no hay juicios morales. No se cuestiona lo que puede ser mejor o lo que no. Por el contrario, se basa en valores subjetivos que provienen directamente de la percepción del individuo (lo cual, a su vez, genera profundas discusiones).

Las encuestas destinadas a medir este bienestar subjetivo utilizan diversas preguntas. Dos ejemplos son:

1. *Tomando todas las cosas en su conjunto, (siendo el 1 completamente insatisfecho, y 10 completamente satisfecho. En general, ¿cuán satisfecho está usted con su vida en este momento?*
2. *¿Diría usted que es muy feliz, bastante feliz, no muy feliz o nada feliz?*

Si bien es cierto que medir la felicidad y el bienestar subjetivo puede sujetarse a variadas interpretaciones, los estudios de esta “nueva ciencia” han presentado algunos aspectos concluyentes. Uno de ellos se refiere a las diferencias culturales, donde se ha estimado que intrínsecamente algunas culturas son más positivas que otras. Por ejemplo, que los europeos tienden a ser más positivos que los asiáticos. O, como veremos más adelante, que los latinoamericanos somos una especie tremendamente positiva.

Se habla bastante también de la confianza, del sentido de pertenencia. Resulta obvio decirlo, pero quienes poseen un trabajo más estable son más felices y están menos ansiosos. O quienes viven en sistemas democráticos más estables, muestran mayores grados de bienestar. Autores como Frey y Stutzer (2001)⁶ sostienen que esto se debe a las posibilidades de participación y la respectiva cercanía que los individuos tienen con el Estado. Pasa a ser de primordial importancia la calidad de los vínculos entre unos y otros. Y el sentido de pertenencia. Factores como estar casados o tener pareja, contar con buenos amigos, tener sólidas redes familiares, formar parte de una comunidad religiosa y estar, de alguna u otra forma, conectados con otros, son factores que inciden en la felicidad mucho más que los niveles de riqueza (Tironi, 2016). Se dice que en términos de felicidad lo más negativo que le puede pasar a una persona es el desempleo y el divorcio, justamente porque trae implícito dicho sentido de pertenencia.

EL GRAN TEMA: LOS INGRESOS

El *World Happiness Report 2015*, informe elaborado para la actual Comisión de la Felicidad de la ONU por la Universidad de Columbia, demostró que los países que se encuentran en lo más alto de la escala de felicidad (todos escandinavos), tienen un ingreso promedio 40 veces mayor que los que están al último. Se concluyó que las personas que tienen mayores expectativas y satisfacción con la vida son las más ricas, sanas, casadas, empleadas y religiosas. No parece muy novedoso.

⁶ Frey, B. S. y Stutzer, A. (2001). *Not Just for the Money: How We Find Meaning and Purpose at Work*. Princeton, NJ: Princeton University Press.

Lo que empezó a estudiarse es por qué, cruzado cierto umbral, los países más ricos no necesariamente cuentan con habitantes más felices. Richard Layard afirma que para ser felices debemos sentir que estamos contribuyendo a un *bien común*, esto es, los ciudadanos se benefician más a medida que se involucran con la sociedad. De acuerdo al sociólogo holandés Ruut Veenhoven (2005)⁷ esta participación va creando capital social, lo que a su vez produce bienestar subjetivo.

Entonces, el argumento principal es que, después de cierto límite, no hay conexión entre felicidad y aumento de ingresos. En los países con más de 20 mil dólares per cápita, el ingreso adicional no se vincula a mayor felicidad. Lógicamente, esto sí es válido cuando se sale de la pobreza extrema. Nuevamente Daniel Kahneman es tajante: “Ser rico, en promedio, no mejora la experiencia de bienestar”. Y esto lo explica porque a su juicio el dinero no hace sentir en la vida cotidiana, automáticamente, un mayor grado de felicidad.

Claramente las personas de mayores ingresos tienen mejores niveles de educación y un buen sistema de salud. Presentan mayor estabilidad y, por ende, son más felices. Pero esto es válido solo hasta cierto punto. Se ha demostrado que el aumento en las tasas de felicidad no se relaciona directamente con la riqueza material, lo que se acentúa a medida que los niveles de riqueza son más altos.

Porque mayor riqueza – como se sostiene en la ya mencionada *World Happiness Report del año 2015* – puede traer implícitos nuevos males como trastornos alimenticios, ansiedad, desórdenes psicológicos, desconfianza. Se pasa a otro nivel, en donde la felicidad se relaciona con la protección, la igualdad, la confianza y el sentido de pertenencia.

ESCENARIO LATINOAMERICANO.

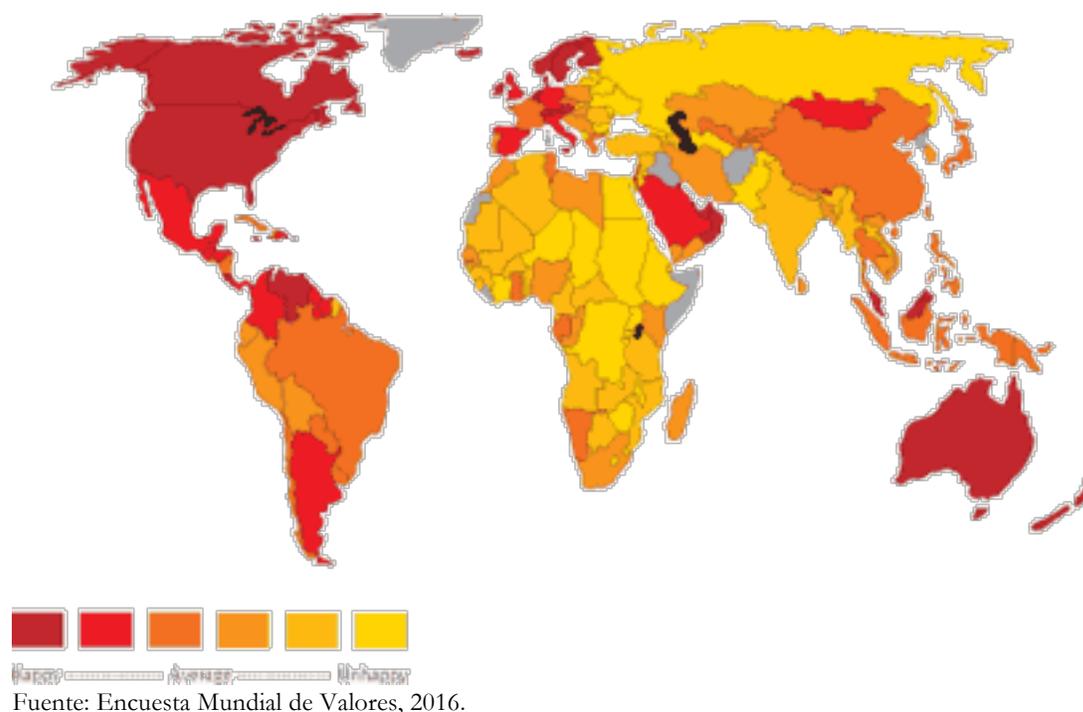
En CIEPLAN (Corporación de Estudios para Latinoamérica) hace una década atrás se analizó la situación latinoamericana. En conjunto con el Instituto Fernando Henrique Cardoso de Brasil, el año 2007 presentaron la primera encuesta sobre América Latina, con una base total de 10 mil casos. Se le llamó Encuesta de Cohesión Social, y en ella se estudió la población urbana de Chile, Argentina, Brasil, Colombia, Guatemala, México y Perú. Esta Encuesta, bastante citada, demostró que la población latinoamericana presenta un alto grado de felicidad, a pesar del bajo ingreso per cápita, de la violencia y las desigualdades.

Paralelamente, la *Encuesta Mundial de Valores* del año 2016 destacó que el 89% de los latinoamericanos se declaraba “muy feliz o bastante feliz”, lo que está por encima del promedio mundial, que es de 83%.

El siguiente mapa muestra cómo la mayoría de los países latinoamericanos, a excepción de Bolivia y Perú, se ubican en el rango medio y superior en los índices de felicidad.

Se ha demostrado que en Latinoamérica son más felices hombres que mujeres, más los casados o emparejados que los solteros, más jóvenes y mayores que los de edad intermedia, más los empleados que los desempleados, más los ricos que los pobres y, muy especialmente, son más felices los más educados que los menos.

Figura N°1. Mapa de Felicidad Mundial.



Pero también hay cifras negativas, como la elevada desconfianza que existe hacia las instituciones. La mayor desconfianza es hacia los partidos políticos y el Congreso (80% y 77% declaró tener poca o ninguna confianza, respectivamente). Sólo un 13% de los latinoamericanos cree que se puede confiar en la mayoría de las personas, cifra muy baja si se la compara, por ejemplo, con Estados Unidos (36%), Alemania (33%) o Suecia(64%) (Cieplan, 2007).

Paralelamente, los indicadores objetivos de medición son altamente desiguales en comparación con los países desarrollados, y se encuentran directamente relacionados al ingreso, por lo que claramente las expectativas son diferentes entre unos y otros.

A pesar de lo anterior, en términos generales los niveles de felicidad de los latinoamericanos son curiosamente altos. En la mencionada encuesta de Cieplan del año 2007, el 65% de los encuestados dijeron sentirse “bastante o muy feliz”. Guatemala y Brasil lideraron el ranking, y Chile apareció en el quinto lugar con un 62%.

¿ A qué se deben las elevadas tasas de felicidad de los latinoamericanos? Las explicaciones pueden ser varias. Un factor importante se debe a que sienten haber experimentado una fuerte movilidad social, lo que, a su vez, se relaciona con un mayor nivel educativo. Está comprobado que mientras mayor educación se posea, se reportan mayores índices de felicidad y satisfacción. Y está claro que, si bien aún falta mucho por hacer, en las últimas décadas América Latina ha experimentado una ampliación sin precedentes en su cobertura escolar, en todos los niveles. Ejemplo de ello es que, actualmente, cinco de cada diez latinoamericanos reportan tener un nivel educativo mejor que el de sus padres, y Chile lidera este ítem. (Cox, 2008).

Por lo mismo, los latinoamericanos suelen tener muchas esperanzas en el futuro de sus hijos. Brasil, Perú y Colombia lideran los porcentajes de expectativas hacia el futuro. La gran mayoría siente no sólo que ha alcanzado una vida mejor que la de sus padres, sino que tienen la convicción de que seguirán progresando, tanto ellos como sus hijos. Y esto atraviesa a las diversas clases sociales. Por ejemplo, de entre los más pobres un 44% estima que hoy están mejor que hace diez años, y siete de cada diez piensan que aún estarán mejor en los años que vienen.

La educación es una de las vías más concretas para superar las desigualdades existentes. Al acceder a ella se abren las posibilidades a mejores trabajos, mayores ingresos y más elevados niveles de consumo. Esto es lo que ha hecho cundir entre los latinoamericanos, especialmente entre los jóvenes, la percepción de que se puede llegar a formar parte de un grupo o una clase que está creciendo y consolidándose.

Otro indicador relevante es el de la religión. América Latina es la región más religiosa del mundo. México y Brasil figuran como los países más católicos, y al final de la lista latinoamericana se encuentran Argentina y Chile como los menos religiosos.

De acuerdo a la Encuesta Mundial de Valores del 2016, la creencia en Dios es sumamente vigorosa. 66% de los latinoamericanos afirman que “Dios es muy importante en mi vida”, y quienes afirman ser religiosos declaran sentirse más felices que quienes no lo son. Se argumenta que personas de fe tienen un mayor grado de confianza, tanto a nivel individual como colectivo.

En síntesis, el lugar que ocupa Latinoamérica en los índices de felicidad no guarda relación ni con su desarrollo económico ni con otras variables mencionadas, como desigualdad e inseguridad. Diferencias culturales, altos niveles de religiosidad y expectativas diferentes respecto a la propia vida y a la de los hijos, suelen considerarse como factores explicativos de este optimismo.

EL CASO CHILENO.

El tema también se ha discutido en Chile. Y se ha ido poniendo en la agenda de las políticas públicas, a pesar de que aún no hay acuerdo sobre la forma en que éstas pueden impactar en el bienestar subjetivo de las personas. Hay quienes piensan que aún es prematuro hablar de felicidad, porque el objetivo sigue siendo aumentar el ingreso per cápita.

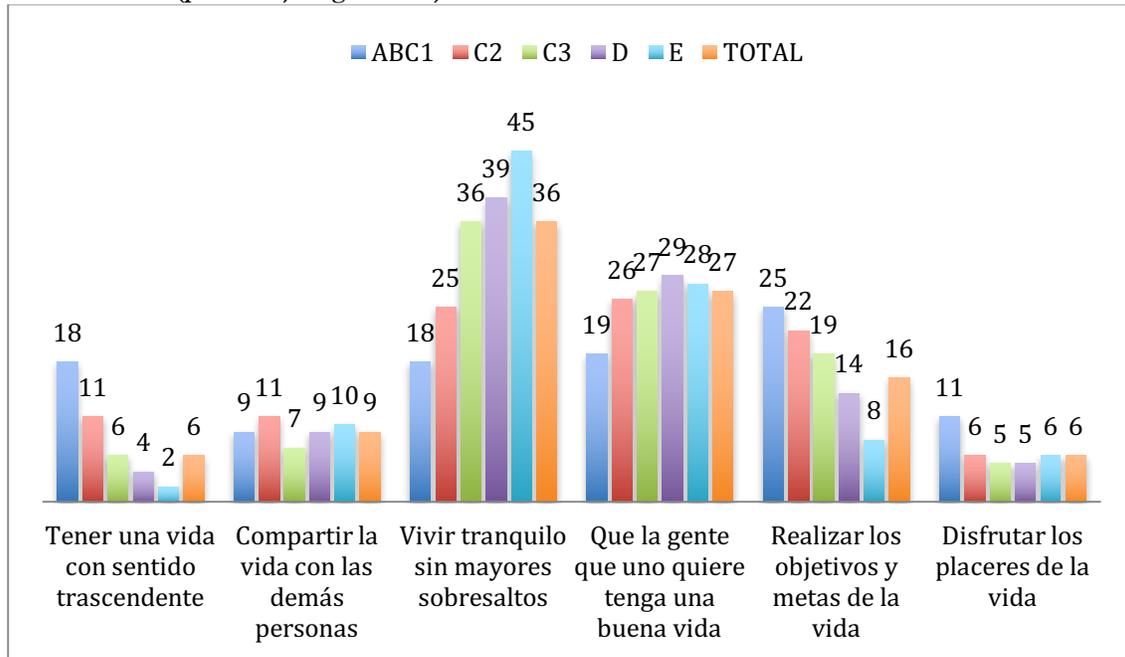
Algo se había mencionado precisamente en la Encuesta de Cohesión Social del año 2007. Se comentó en aquel entonces el tema de la confianza, donde Chile aparecía con un 10%, una de las cifras más bajas de la región. También llamó la atención que Chile ocupara el último lugar en el ranking de la amistad. Los chilenos declararon tener en promedio sólo 4 amigos cercanos, y un 20% del total declaró no tener amigos cercanos (versus el promedio de 12% de los otros países).

Cuando el Presidente Sebastián Piñera asumió el año 2010, anunció públicamente que solicitaría al Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) que su próximo Informe de Desarrollo Humano tratara sobre la felicidad de los chilenos. Dos años después, en agosto del 2012 la entrega de este informe fue lanzada en La Moneda. Este se tituló *Bienestar Subjetivo: el desafío de repensar el desarrollo*, y su objetivo central fue, tal como lo dice su título, repensar el desarrollo en función de otras áreas de la economía, destacando el papel de la felicidad y el bienestar como nuevas variables para medir el progreso de un país.

Se entrevistó a población mayor de 18 años de las quince regiones del país, de áreas urbanas y rurales. Una muestra de 2.535 casos, con un error de 1,9%, concluyó que “la disposición y distribución de las necesidades no materiales en la sociedad tienen consecuencias prácticas para el conjunto de las relaciones sociales y las instituciones de la sociedad”. (PNUD, 2012). Se consideraban, entonces, variables significativas para el desarrollo de un país.

Los siguientes gráficos muestran cómo se incluyeron preguntas sobre el bienestar individual y colectivo, pensándose como una forma de acceder a la dimensión personal del individuo, y de ahí entender y pensar lo que está pasando a nivel nacional.

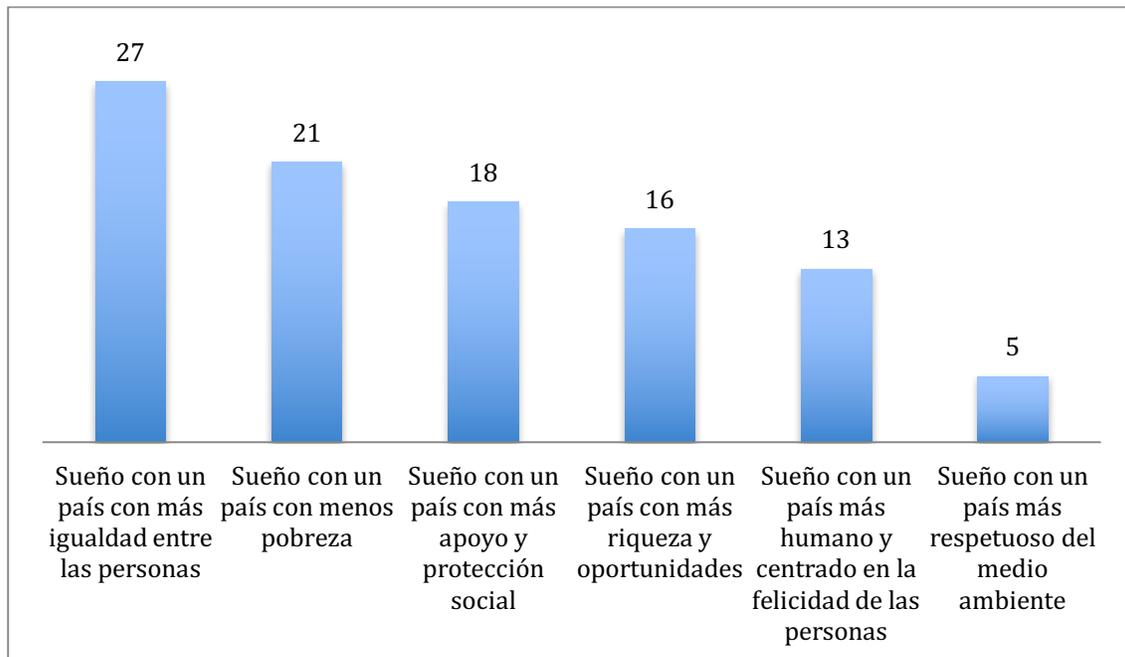
Figura n°2. Respuestas a la pregunta *Pensando en lo que para usted es una vida feliz y asumiendo que todas estas alternativas pueden ser importantes para usted, ¿qué es lo más importante para tener una vida feliz?* (porcentaje según GSE).



Fuente: Informe PNUD, 2012.

Figura n°3.

¿Cuál de las siguientes afirmaciones representa mejor lo que usted sueña para el desarrollo de Chile? (% primera mención.)



Fuente: Informe PNUD 2012.

En la investigación del PNUD también se mencionó el que en la actualidad se está proponiendo que sean cada vez más los países que tengan entre sus objetivos el lograr la calidad de una ciudadanía. Al preguntarse por cuáles el 55% de los

entrevistados contestó que Chile tiene otros objetivos antes, mientras que el 45% restante afirmó que Chile debería proponerse ese objetivo (PNUD, 2012).

En esa línea, el nuevo Ministerio de Desarrollo Social incluyó en la Encuesta CASEN (Caracterización Socioeconómica Nacional) una medición sobre la felicidad de los chilenos. Era la primera vez que se medía el bienestar subjetivo en Chile, incorporándose en las estadísticas oficiales el tema de la medición de nuestra felicidad.

A los indicadores de bienestar objetivo, (ingresos, educación, salud), se agregó el ítem “Satisfacción con la vida”, cuya pregunta principal es: “en conjunto, ¿cuán satisfecho está usted con su vida en este momento?”. Debía responderse en una escala del 1 al 10, siendo 1 completamente insatisfecho, y 10 completamente satisfecho. Para facilitar la lectura se entregan los resultados en cinco categorías, con su respectiva interpretación.

Respondieron sólo mayores de 15 años, esto es, 13.085.075 personas. Y el promedio nacional de satisfacción con la vida fue de 7,2: 7,3 para los hombres y 7,1 para las mujeres.

Tabla 2. % Promedio Nota Satisfacción con la Vida. (Casen 2011)

Nota	Interpretación	%	N° chilenos
1	Completamente insatisfecho	1,6	207.948
Entre 2 y 4	Poco satisfecho	8,2	1.065.734
Entre 5 y 6	Medianamente satisfecho	27,2	3.535.116
Sobre 7	Altamente satisfecho	42,2	5.484.629
10	Completamente satisfecho	20,8	2.791.648

El año 2013 se incluyó la misma pregunta, y se notó un aumento en la satisfacción general de los chilenos, de 7,2 a 7,5 promedio. Y también aumentó el porcentaje de quienes se declaraban completa o altamente satisfechos, de 63% a 70%. En ambos períodos la satisfacción con la vida se distribuye de forma similar en cuanto edad, ingreso, región y género.

Figura n°4. Promedio satisfacción con la vida según sexo. (Casen 2011 y 2013).

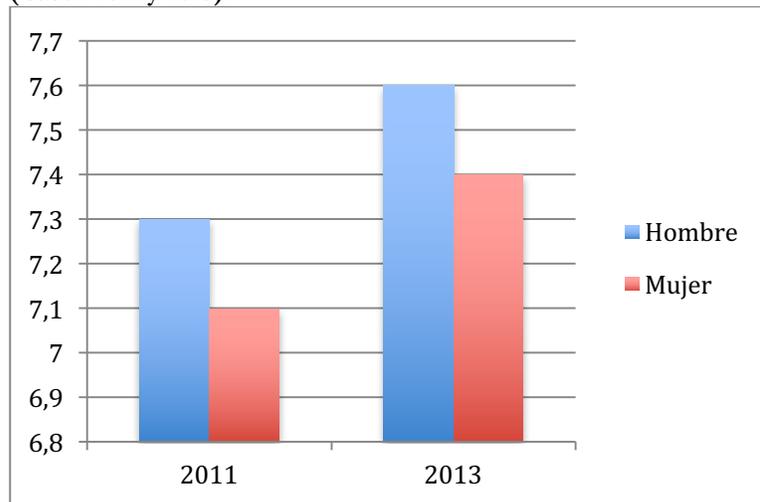
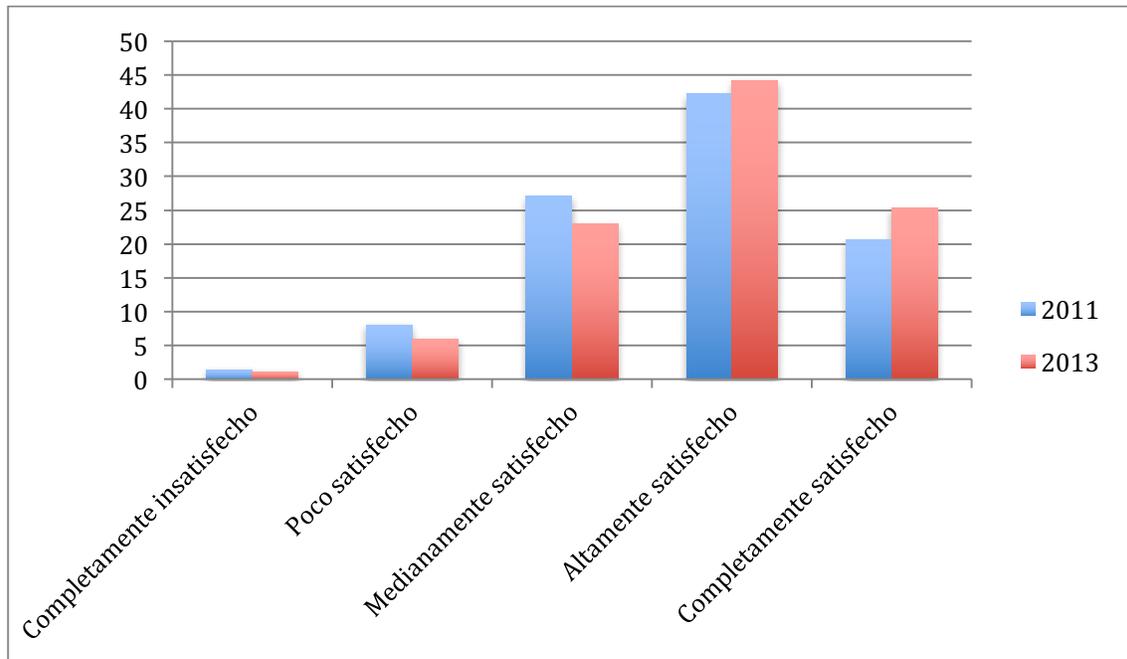
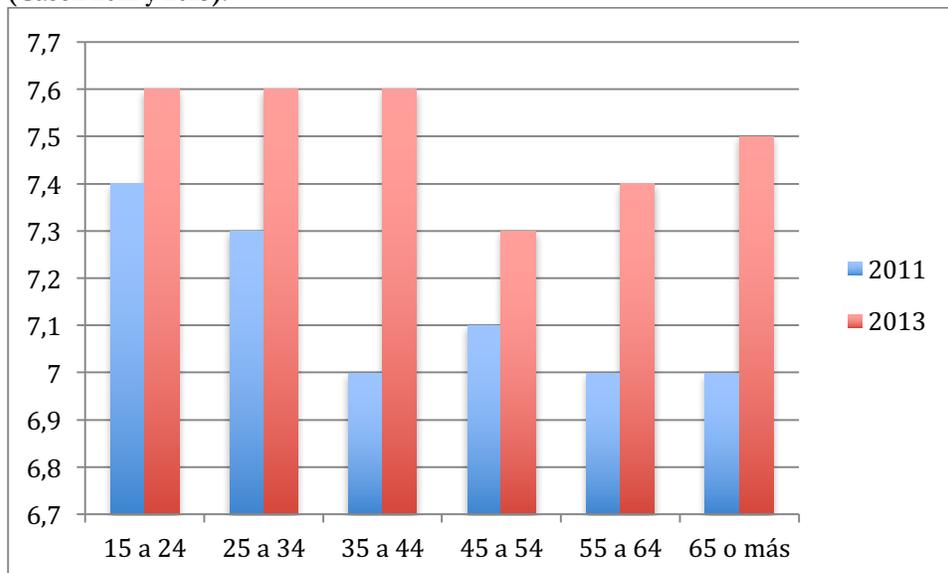


Figura n°5. Satisfacción con la vida (CASEN 2011 y 2013)



Si analizamos la información de acuerdo al rango etario, se ve claramente que los mayores índices de felicidad están en los extremos. Es algo que prácticamente no ha variado en el tiempo. Los tramos que reportan mayores índices de felicidad son los más jóvenes y los más viejos, de 75 años en adelante. El rango que reporta menos felicidad es el intermedio, entre 45 y 64 años de edad, lo que se relaciona directamente con la necesidad de percibir mayores ingresos, el cuidado de niños pequeños, y las responsabilidades sociales y económicas que esto implica.

Figura n°6. Promedio Nota Satisfacción con la vida según edad. (Casen 2011 y 2013).



Si vemos los índices por regiones, se muestra que entre los años 2011 y 2013 no hubo ninguna región que redujera su nivel de satisfacción con la vida. En efecto, las que presentan niveles más altos y más bajos suelen ser las mismas. Si puede verse, por ejemplo, que Valparaíso pasó a incluir el grupo de las más felices (junto a Magallanes, Antofagasta, Atacama y Aysén), y la región de Arica y Parinacota pasó a estar en el grupo de las menos satisfechas. La Araucanía fue la que más aumentó la proporción de personas con un alto nivel de satisfacción (de 49,7% a 69,3% entre los años 2011 y 2013), lo que se debe principalmente a mejoras en aspectos laborales y mayor acceso a la educación que ha experimentado la región.

**Tabla n°3. Satisfacción con la vida según región.
(Casen 2011 y 2013).**

Ranking	Regiones	2011	2013
1	Magallanes	8,0	8,0
2	Antofagasta	7,5	7,8
3	Atacama	7,4	7,8
4	Aysén	7,7	7,8
5	Valparaíso	7,2	7,6
6	Lib. Bdo O'Higgins	7,2	7,6
7	Metropolitana	7,3	7,5
8	Coquimbo	7,4	7,6
9	Tarapacá	7,3	7,5
10	La Araucanía	6,7	7,5
11	Bío Bío	6,9	7,4
12	Los Lagos	7,0	7,3
13	Los Ríos	7,1	7,3
14	Arica y Parinacota	7,2	7,3
15	El Maule	6,8	7,2

Como es lógico en un país como el nuestro, el bienestar y la satisfacción están distribuidos en forma desigual, aumentando de acuerdo al nivel socioeconómico. De acuerdo a datos entregados por la CASEN, el 20% más pobre de la población se declara más insatisfecho (6,5) que el 20% más rico (8,0).

El tema de la educación es fundamental. Quienes tuvieron acceso a la educación superior (aunque haya sido incompleta) tienen más probabilidades de sentirse felices que quienes no hayan cursado, por ejemplo, educación media. Y lógicamente los índices aumentan en quienes hayan realizado un postgrado. Mientras aumenta el nivel educacional, son mejores las oportunidades laborales y, por ende, se perciben mayores ingresos.

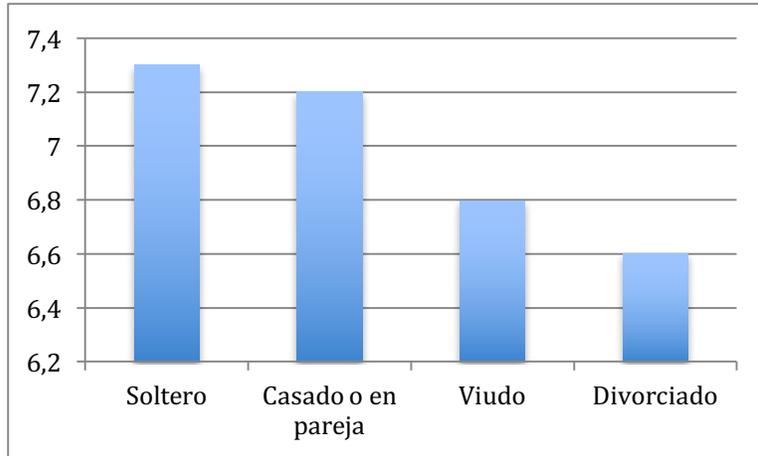
En Chile también se ha reportado una mayor felicidad en las personas casadas o emparejadas. También los solteros se declaran felices, pero suelen ser más jóvenes, dependientes de su núcleo familiar central.

Socialmente hablando, personas viudas o divorciadas muestran menores niveles de felicidad, especialmente las mujeres.

Sucede que hoy está de sobra demostrado que en Chile y en Latinoamérica la familia ocupa un rol trascendental en la vida de las personas, y pesa fuertemente en sus niveles de felicidad. Este fenómeno sucede a nivel mundial, constituyendo la familia un factor clave de la felicidad. Muy valiosas han sido las investigaciones del neuropsiquiatra Boris Cyrulnik, quien sostiene que ni la riqueza, ni el trabajo, ni la libertad, ni la educación, ni los amigos son más importantes que la familia en la determinación de la felicidad de las personas.⁸ En efecto, quienes reportan los índices más altos de satisfacción son quienes

tienen relaciones familiares sólidas. Hoy en día nueve de cada diez chilenos piensa que las personas deben permanecer en contacto con su familia más cercana.

Figura n°7. Satisfacción con la vida según estado civil. (CASEN, 2011).



Si bien es cierto que estamos ante una desintegración de la familia chilena tradicional – ya sea por el aumento de divorcios, el creciente ingreso de la mujer al mercado laboral o el menor número de hijos – la familia sigue siendo un factor importante para la felicidad de las personas, y quienes destinan más tiempo a ella son quienes se declaran emocionalmente más felices y plenos.

¿SOMOS LOS MÁS FELICES DE LATINOAMÉRICA?

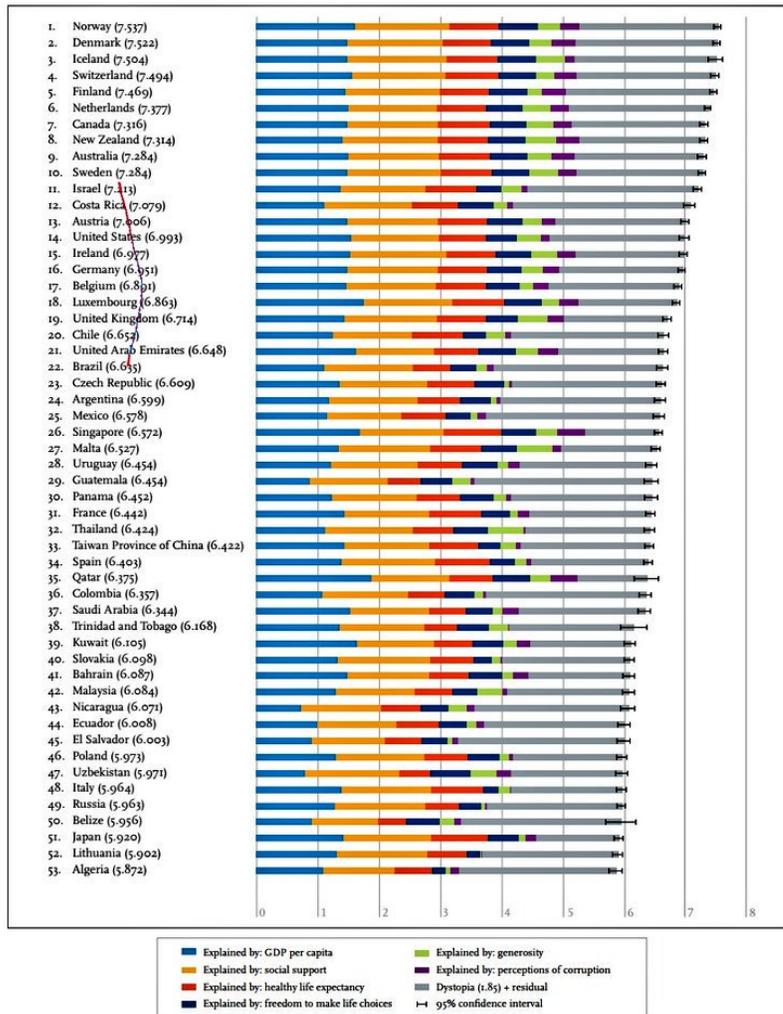
A principios de este año se dio a conocer el Informe Mundial de la Felicidad, publicado por la ONU desde el año 2012. Estudió la realidad de 155 países con datos de 2014 a 2016, y se elaboró de acuerdo a seis variables que dan una puntuación del 0 al 10. Estas son: PIB per cápita, expectativa de vida, soporte social (familia o amigos), libertad, corrupción y educación.

A nivel mundial, no es ninguna novedad que el ranking esté liderado por Noruega. Incluso que los cinco primeros países que encabezan el ranking sean los nórdicos. Esta vez la sorpresa fue Chile. Si en el año 2012 estábamos en el lugar n°43, el 2015 aparecíamos en el 27. Y este año ascendimos al lugar n°20. Esto es, un ascenso de más de veinte puestos en sólo cinco años.

Desglosando el informe, puede verse que dentro de los primeros cincuenta países más felices, 13 son latinoamericanos. El primer lugar lo tiene Costa Rica, y el segundo Chile. Es decir, si nos remitimos sólo a Sudamérica, Chile sería el país más feliz, seguido de Brasil (22), Argentina (24), México (25), Uruguay (28), Guatemala (29) y Panamá (30). Luego viene Colombia (36), Nicaragua (43), Ecuador (44), El Salvador (45), Bolivia (58) y Venezuela (82), siendo Haití el peor clasificado de la región, en el puesto 145.

Figura n°8. Informe Mundial de Felicidad, 2017. (ranking primeros cincuenta países).

Figure 2.2: Ranking of Happiness 2014-2016 (Part 1)



Los resultados presentaron a Chile como “el país más feliz de Sudamérica”. Pero nuestro país no escapa a la “paradoja latinoamericana”. Desde hace un tiempo hemos venido creciendo sostenidamente, más que el promedio mundial, y nuestra tasa de desempleo que ha ido bajando sostenidamente con los años. Sin embargo, los chilenos también muestran una insatisfacción generalizada con la sociedad chilena. Y en algunos aspectos tenemos cifras bastante negativas.

Los chilenos dicen sentirse satisfechos con su vida, pero no con la sociedad. Es decir, se muestran satisfechos consigo mismos pero críticos con la sociedad. Evalúan con nota promedio de 4,1 a las oportunidades que el país entrega, y en algunos ámbitos, como seguridad y participación, la nota es roja.

Surgen algunos datos contradictorios como, por ejemplo, que en la región de Aysén, que presenta uno de los índices más altos de satisfacción con la vida, pero a la vez

ha sido el foco de grandes movilizaciones sociales y una de las zonas con mayor tasa de suicidio en Chile.⁹

Lo mismo sucede con los rangos etarios. Se ha demostrado que los jóvenes de entre 15 y 24 años son los más satisfechos con su vida (7,4), pero al mismo tiempo presentan las más elevadas tasas de suicidio, siendo hoy día la primera causa de muerte entre jóvenes de 15 a 19 años (10,3%).¹⁰ Y es una tendencia que va en alza.

Podrían darse más ejemplos, y siempre se vuelve a la misma pregunta, ¿cómo puede explicarse esta supuesta felicidad de los chilenos? Al igual que el resto del continente latinoamericano, la familia constituye un soporte fundamental para entender esta percepción de felicidad de los chilenos.

Los jóvenes tienen una alta aspiración a construir una familia, pues se ve como un espacio en el que se confía y se es feliz. 91% de los chilenos consideran que tener una familia unida es lo esencial y la principal motivación de sus vidas. Diversas encuestas de opinión siguen demostrando que la familia es central en la vida de las personas, otorgándole incluso más importancia que a los amigos, la comunidad, el trabajo o la religión.

No puede desconocerse que hoy la familia chilena ha cambiado, y el grupo nuclear está lejos de ser lo que era años atrás. Extensa literatura habla de la familia chilena en crisis, refiriéndose particularmente a la desformalización del vínculo matrimonial (aumento de madres solteras), al ingreso de la mujer al mercado laboral, al menor número de hijos por familia, al control de la natalidad, entre varios otros factores.

A pesar de lo anterior la familia sigue constituyendo una fuente de confianza y satisfacción, por lo que se hace necesario implementar políticas públicas que tiendan a favorecerla y consolidarla.

CONCLUSIONES.

No hay que engañarse con esta supuesta felicidad de los chilenos, ni menos sentir que lideramos el ranking a nivel sudamericano. El Informe Mundial de Felicidad 2017 puede explicar la satisfacción individual, pero ante la sociedad aún se experimenta una relación negativa, de inseguridad y desigualdad.

Medir la felicidad y el bienestar subjetivo presenta varias limitaciones, especialmente en lo que a crecimiento y expectativas se refiere. Lo importante es que hoy podemos cuestionarnos temas antes impensables, y la necesidad de elevar los índices de felicidad es un tema que está presente en la política, en el mundo académico, en los institutos de estadísticas, en las encuestas nacionales, en el mundo desarrollado y en el que está en vías de desarrollo.

Y una de las principales ventajas que hoy tiene el medir el bienestar subjetivo de las personas, tiene que ver con la desmitificación de que lo único que importa es el crecimiento económico. Ya no se puede medir la satisfacción de las personas sólo en relación a sus ingresos. Por ello, buscar el bienestar subjetivo de la población es algo necesario, y constituye un desafío para las políticas públicas y el sistema en general.

Obviamente que el crecimiento y la superación de la pobreza son metas que seguiremos persiguiendo. Revertir la desigualdad, aumentar el empleo, tener un excelente sistema de educación, salud y seguridad, mejorar los servicios públicos y la gestión gubernamental, son metas que todos queremos. Pero hoy también se analizan en relación al

⁹ El tema de las movilizaciones sociales, cada vez más frecuentes y con demandas específicas, resulta de gran interés para los efectos de estudiar la satisfacción con la vida de los chilenos. Lo dejaremos pendiente para un

bienestar y felicidad de los individuos, incorporando factores subjetivos en su medición. Y es en relación a esos factores que debemos enfocarnos y trabajar por establecer políticas públicas que fortalezcan el bienestar subjetivo de los chilenos, y así sigamos siendo tan optimistas en cuanto a nuestra propia satisfacción se refiere. Todavía hay mucho por hacer, pero el tema ya está sobre la mesa.

BIBLIOGRAFÍA.

- Alarcón, Reynaldo, “El bienestar subjetivo o felicidad como meta suprema del progreso de las sociedades”. En *La medición del progreso y del bienestar. Propuestas desde América Latina* (2011). México: Foro Consultivo Científico y Tecnológico.
- Calvo, E., & Beytía, P., (2011). *¿Cómo medir la felicidad?* Santiago: Claves para políticas públicas 4, UDP.
- Cox, Cristián (2008), *Las reformas educativas y su impacto sobre la cohesión social en América Latina*. Santiago: Uqbar Ediciones.
- Cummins, R.A. (2000). *Objective and subjective quality of life: An interactive model. Social Indicators Research*, 52.
- Cyrulnik, Boris (2007). *De cuerpo y alma. Neuronas y afectos: la conquista del bienestar*. Barcelona: Gedisa.
- Dusailant, F., Florenzano, R., “Felicidad, salud mental y vida familiar”. En *La medición del progreso y del bienestar. Propuestas desde América Latina* (2011). México: Foro Consultivo Científico y Tecnológico.
- Easterlin, Richard (2004). “The economics of happiness”, *MIT Press Journals* 133, n°2.
- Encuesta CASEN 2011 y 2013.
- *Encuesta de Cohesión Social en América Latina*. 2007. CIEPLAN.
- *Encuesta Mundial de Valores*. (www.worldvaluessurvey.org).
- Fernández, Ignacio (2015). *Bienestar Subjetivo y Capital Social en Chile. Vínculos recurrentes y nuevas relaciones observadas*. Santiago: Universidad de Chile, Departamento de Sociología.
- Frey, Bruno S. Y Alois Stutzer (2001). *Happiness and economics: how the economy and institutions affect human well being*. Princeton: Princeton University Press.
- Gilbert, Daniel (2012). “The science behind the smile” en *Harvard Business Review*.
- Helliwell, J., Layard, R., & Sachs, J. (2017). *World Happiness Report 2017*, New York: Sustainable Development Solutions Network.
- Herrera, S; Salinas, V; Valenzuela, E (2011). *Familia, pobreza y bienestar en Chile: un análisis empírico de las relaciones entre estructura familiar y bienestar*. Santiago: Centro de Políticas Públicas UC, año 6, n°44.
- Kahneman, Daniel (2012). *Pensar rápido, pensar despacio*. Barcelona: Debate.
- Layard, Richard (2005). *La felicidad. Lecciones de una nueva ciencia*. México: Taurus.
- Lora, Eduardo, *Cómo los indicadores subjetivos pueden contribuir a la medición del progreso de las sociedades*. En *La medición del progreso y del bienestar. Propuestas desde América Latina* (2011). México: Foro Consultivo Científico y Tecnológico.
- PNUD, *Bienestar Subjetivo: el desafío de repensar el desarrollo*. (2012). Informe de Desarrollo Humano para Chile. (<http://www.desarrollohumano.cl/base-datos/base-datos.htm>).
- Pontificia Universidad Católica de Chile, *Encuesta Nacional Bicentenario 2016: “Una mirada al alma de Chile”*. Santiago: Centro de Políticas Públicas, PUC.
- Tironi, Eugenio (2016). *La felicidad no es cosa de otro mundo*. Santiago: Planeta.
- Valenzuela, S., Tironi, E., Scully, Timothy., (eds) (2006). *El eslabón perdido. Familia, modernización y bienestar en Chile*. Santiago: Taurus.
- Valenzuela, S. (2007). *Familia y Felicidad. Un vínculo virtuoso*. Santiago: Libertad y Desarrollo.

- Veenhoven, Ruut (2005). *Lo que sabemos de felicidad*. México: Plaza y Valdés.